

LA MOÑOSA



A veces me sorprende cómo pasa el tiempo. No hace ruido, no avisa, no pregunta si estoy lista. Simplemente avanza... y un día, sin dramatismos, me doy cuenta de que los años que digo tener... ya no viven conmigo.

Esos años se quedaron en mis primeras torpezas, en amistades que fueron hogar, en canciones que todavía escucho y en promesas que no supe cumplir. Se quedaron en las versiones de mí que ya no existen, en los miedos que dejé atrás y en los sueños que cambiaron de piel.

Los años que realmente tengo, son los que aún no me han tocado la puerta. Los que todavía guardan un viaje inesperado, una conversación que me cambie el rumbo, una carcajada que me haga olvidar cualquier tristeza. Son los años que me esperan con la paciencia de quién sabe que lo mejor no siempre llega primero.

Con el tiempo entendí que crecer no es sumar velas, sino aprender a encenderlas cuando hace falta iluminar el camino. Que las arrugas no pesen si la vida se siente ligera. Que el tiempo no se mide en calendarios, sino en instantes que dejan huella.

Los años que vienen quiero vivirlos despacio, como quién saborea un postre que no quiere que se acabe. Quiero caminar sin prisa, hablar sin miedo, querer sin reservas. Quiero que el tiempo me encuentre despierta, aunque a veces me tiemble el alma.

Ya no me inquieta si la vida cambia de rumbo. Que cambie. Que me desordene. Que me enseñe. Yo solo quiero estar ahí, presente, con el corazón abierto y la certeza de que todo lo vivido (lo bueno, lo torpe, lo hermoso, lo difícil) me trajo hasta este punto exacto.

Y aquí estoy: sentada frente a mi yo de ayer, agradeciendo por lo que fui, honrando lo que ya no soy, celebrando la vida... y haciendo espacio para los años que aún no llegan, esos que todavía tienen cosas que decirme.

Edurne Alonso (La moñosa)